



Arquitectura Suiza acoge un inusual museo de naturaleza

## El coleccionista de árboles

EVA MILLET

Si, en el siglo XIX, algunos coleccionistas de árboles como el escocés David Douglas surcaban mares y cruzaban junglas en busca de nuevos ejemplares, en el XXI este estilo de vida se ha convertido en algo menos movido, aunque no por ello menos apasionante.

En el caso del suizo Enzo Enea se trata de una pasión vinculada a su profesión, el paisajismo (la arquitectura de jardines), que también lo ha llevado por medio mundo. Enea se hizo cargo en el año 1993 de la compañía fundada por su padre y desde entonces ha trabajado en Brasil, Hawái, Egipto, Rusia y España, entre muchos otros lugares. A lo largo de estos diecisiete años de profesión no sólo se ha creado una sólida reputación, sino que ha ido atesorando árboles hasta convertirse en uno de los coleccionistas de este tipo más importantes del mundo. Algunos de sus ejemplares proceden de proyectos suyos, eran ejemplares que habían de ser arrancados o trasladados. Otros, los ha cultivado él mismo. Las razones de este singular coleccionismo: su amor por lo que califica de "criaturas extraordinarias", por las que siente una admiración sin límites y "un gran respeto".

Cuando su colección sumaba va-

rios centares de ejemplares, el plan de exhibirlos en un entorno apropiado empezaba a ser más y más apremiante. Enea vive en el cantón suizo de San Gallen y allí, cerca de una localidad llamada Rapperswil-Jona, en un paisaje de postal, existe un monasterio cisterciense del siglo XIII. Está rodeado de ricas tierras, que en su día el conde de Rapperswil donó a la comunidad de monjas que aún reside allí. Lo hacen de forma prácticamente autosuficiente, siguiendo las directrices de la orden, y a lo largo de su existencia han rechazado en numerosas ocasiones todo tipo de ofertas para vender alguna de sus propiedades. Hasta que llegó Enea, con una propuesta que al convento le pareció "sincera y respetuosa", por lo que le han cedido durante 99 años el uso de los terrenos donde se ubica el museo.

Estos comprenden más de siete hectáreas, muy cerca del plácido lago Mayor de Zurich. En los 7, 500 metros cuadrados del parque, trazados como un gran óvalo, hay un total de 2,000 árboles, aunque una instalación diseñada personalmente por Enea, en colaboración con el estudio de arquitectura Oppenheim, es el eje del lugar. En ella se muestran cincuenta ejemplares muy especiales, cada uno enmarcado por una gruesa pared, de blo-

ques blanquíssimos, de piedra arenisca. Estos elementos actúan como las salas de un museo, cada una con su propia atmósfera y personalidad. De este modo se consigue enfatizar la excepcional presencia, belleza y singularidad de los árboles exhibidos. Ejemplares de 22 especies distintas, algunos con más de un siglo de edad, que aquí se tratan como piezas únicas, equiparables a una obra de arte.

A medida que camina por estos

**Este espacio invita a observar lo que para muchos es cotidiano y a reflexionar sobre su excepcionalidad**

espacios, conectados entre sí por un césped pristino, el visitante puede contemplar los árboles desde distintos puntos de vista y vivir una experiencia visual y sensorial a la vez. Porque el objetivo de las salas no es únicamente resaltar la belleza imponente de los ejemplares, sino también los distintos microclimas que estos seres vivos crean a su alrededor, la variedad de colores y texturas que poseen, sus proporciones, su edad y su serena relación con el paisaje en el que han sido colocados.

Los responsables del museo destacan, entre otros, el impresionante ejemplar de cedro japonés (*Harcer palmatum*), que a sus 130 años hace vibrar la atmósfera monacal del entorno con sus hojas rojísimas; la copa oscura del tejo negro (*Taxus baccata*), de 80 años; el delicioso magnolio chino (*Magnolia soulangeana*), cuajado de flores rosadas, grandes como tulipanes, y el árbol del hierro (*Parrotia persica*), de follaje color naranja butano y más de 70 años de vida. Los árboles han sido transplantados siguiendo sofisticadas técnicas, influenciadas por el Bonsai, y han arraigado sin problemas en las tierras suizas (la colección está compuesta únicamente por variedades adecuadas a ese tipo de clima). La exposición irá creciendo y, también, se prevee celebrar muestras puntuales, itinerarios guiados y establecer una relación entre el museo y las artes.

Abierto durante todo el año, al visitante de este espacio singular se le insta a observar lo que para tantos es algo cotidiano y a reflexionar sobre su excepcionalidad. Así se consigue uno de los objetivos de Enea y su equipo: ayudar a entender dos atributos básicos de la vida, el tiempo y el espacio, que son la quintaesencia de estos viejos y venerables árboles. |





**The Tree Museum**  
RAPPERSWIL-JONA  
SUIZA

Tel. (0) 55-225-55-55  
Buechstrasse 12,  
www.enea.ch



**Imágenes del Tree Museum de Rapperswil-jon, Suiza**  
FOTOGRAFÍAS: MARTIN RÜTSCHI

# Maneras de beber



Joseph Roth en París alrededor de 1925

GETTY

## Cuando el azar favorable

PONÇ PUIGDEVALL

Duerme bajo un puente a la orilla del Sena, un poco de noche y un poco de día, y de vez en cuando pide prestada una botella de aguardiente a algún compañero de infortunios. Durante la época fría del año no se lava y, cuando lo hace, ha aprendido a prescindir del jabón. Desde un tiempo atrás, Andreas Kartak ya no sabe lo que es el dinero ni concede importancia a su valor. Suele pasar los días vagando, avergonzado por su vestimenta andrajosa, evitando los espejos porque huir de la contemplación de su rostro es similar que no tiene o como si este fuera el antiguo, aquel de antes de caer en la calamidad. Sus pasos, por costumbre, suelen arrastrarlo hasta el restaurante ruso-armenio Tari-Bari, un lugar repleto siempre de gente, pues algunos que no disponen de techo duermen allí, durante el día tras el mostrador y durante la noche sobre las banquetas. En el Tari-Bari, Andreas Kartak suele gastar en bebidas baratas el escaso dinero que le depara la suerte cotidiana porque "como muchos bebedores, vivía del azar". Andreas Kartak, el clochard que protagoniza La leyenda del Santo Bebedor (1939), originario como Joseph Roth, su autor, de una de las provincias orientales del Imperio austrohúngaro, vive tranquilamente ajeno a cualquier adversidad y generosamente disponible a todo lo que le salga al paso porque sabe con certeza que los peligros de la vida no pueden asustar a nadie que entienda, como él, que el azar es siempre favorable. Y así es cuando, una noche, un enigmático desconocido le ofrece doscientos francos, que sólo acepta con la condición de restituirlos cuando pueda a la santa Teresita de Liseaux de la iglesia de Sainte Marie de Batignolles. Roth escribe una parábola muy misteriosa sobre los milagros, pero también un relato muy transparente acerca de la materialización de los deseos soñados por un borracho desde el instinto de la pobreza: el dinero le confiere valor, le restituye la memoria personal y la memoria del sexo y la amistad, las copas de absenta se suceden sin fin, y el mundo parece habitable y grato dentro del agua caliente de la bañera de un hotel. Al final, y tras haber cumplido con su compromiso hacia la santa, devotamente ahito de absenta, cuando Andreas Kartak se derrumba como un saco mientras dirige sus pasos hacia el mostrador de un bistro, Roth concluye: "Denos Dios a todos nosotros, bebedores, tan liviana y hermosa muerte".